

ductores de cargamento se aprestaron á darme su mano para subir. Esmirna, donde veía muchos sombreros (1), me presentaba el aspecto de una ciudad marítima de Italia, uno de cuyos cuarteles estuviese habitado por orientales. José me acompañó á casa de Mr. Chauderloz, que desempeñaba á la sazón el consulado francés de esta importante escala. Muchas veces debería repetir los elogios que he hecho ya de la hospitalidad de nuestros cónsules; suplico á mis lectores me lo perdonen, porque si estas repeticiones les molestan, no puedo, sin embargo, dejar de ser agradecido. Monsieur Chauderloz, hermano de Mr. de La Clos, me acogió con urbanidad, pero no me hospedó en su casa, porque estaba enfermo, y Esmirna ofrece por otra parte los recursos de una gran ciudad europea.

Arreglamos al punto todo el resto de mi viaje: yo había resuelto dirigirme á Constantinopla por tierra, para proveerme de firmanes, y embarcarme luego con los peregrinos griegos para la Siria; pero no quería seguir el camino directo, y mi plan era visitar la llanura de Troya al atravesar el monte Ida. El sobrino de Mr. Chauderloz, que acababa de hacer una excursión á Efeso, me dijo que los desfiladeros del Gárgaro estaban infestados de ladrones, y ocupados por unos agasmas temibles aun que los mismos ladrones. Como yo perseveraba en mi proyecto, envié á buscar un guía que debía haber conducido un inglés á los Dardanelos, por el camino que yo quería seguir. Este guía accedió en efecto á acompañarme y suministrar los caballos necesarios, mediante una cantidad bastante considerable. Mr. Chauderloz prometió darme un intérprete y un genizaro experimentado. Entonces advertí que me vería precisado á dejar una parte de mis baules en el consulado, y á limitarme á lo más estrictamente necesario. El día de la partida fue el 4 de setiembre, esto es, el subsiguiente al de mi llegada á Esmirna.

Después de haber prometido á Mr. Chauderloz volver á comer con él, me trasladé á mi posada, donde hallé á Julian poseionado de un aposento muy limpio y amueblado á la europea. La posada, á cuyo frente estaba una viuda, tenía una hermosísima vista al puerto: no recuerdo ya su nombre. Nada debo decir de Esmirna, después de Tournefort, Chandler Peyssonel, Dallaway y tantos otros; pero no puedo negarme al placer de trasladar aquí un fragmento del *Viaje* de Mr. Choiseul.

«Los griegos procedentes del barrio de Efeso, llamado *Smirna*, solo habían construido algunas aldeas en el fondo del golfo, que andando el tiempo recibió el nombre de su primera patria. Alejandro quiso reunirlos, y les hizo construir una ciudad cerca del río *Meles*. Antigone empezó esta obra por sus órdenes, y Lisimaco la concluyó.

«Una situación tan ventajosa como la de Esmirna era digna del fundador de Alejandría, y debía asegurar su prosperidad. Admitida por las ciudades de la Jonia á participar de las ventajas de su confederación, esta ciudad no tardó en ser el centro del comercio del Asia-Menor; su lujo atrajo á ella todas las artes, siendo hermoseada con soberbios edificios y llena de multitud de extranjeros que acudían á enriquecerla con las producciones de su país, á admirar sus maravillas, á cantar con sus poetas y á instruirse con sus filósofos. Un dialecto más suave añadía un nuevo encanto á esa elocuencia que parecía un atributo de los griegos. La hermosura del clima parecía influir en la de los naturales, que ofrecían á los artistas modelos por cuyo medio hacían conocer al resto del mundo la naturaleza y el arte reunidos en su perfección.

«Esmirna era una de las ciudades que reivindicaban el honor de haber visto nacer á Homero; y en la már-

(1) El turbante y el sombrero son la principal distinción de los franceses y los turcos, y en la lengua del Levante se cuenta por turbantes y sombreros.

«gen del *Meles* se enseñaba el lugar donde su madre *Criteida* le había dado á luz, y la caverna á donde él se retiraba para componer sus inmortales versos. Un monumento erigido á su gloria, y que llevaba su nombre, presentaba en medio de la ciudad anchurosos pórticos, bajo los cuales se reunían los ciudadanos; y en fin, las monedas ostentaban su imagen, como si hubiesen reconocido por soberano al genio que les honraba.

«Esmirna conservó los preciosos restos de esta prosperidad hasta la época en que el imperio tuvo que luchar con los bárbaros: fue tomada por los turcos, vuelta á tomar por los griegos, siempre saqueada, siempre destruida. A principios del siglo xiii solo existían ya las ruinas de la ciudadela; fue reparada por el emperador Juan Comneno, que murió en 1224; esta fortaleza no pudo resistir los esfuerzos de los príncipes turcos, cuya residencia fue muchas veces, á pesar de los caballeros de Rodas, que, aprovechando una circunstancia favorable, lograron construir allí un fuerte y sostenerse en él; pero Tamerlan tomó en catorce días esta plaza, que Bayaceto bloqueaba hacia siete años.

«La ciudad no empezó á salir de sus ruinas sino cuando los turcos fueron enteramente señores del imperio; entonces, su situación le devolvió las ventajas que la guerra le había arrebatado, y llegó á ser el centro del comercio de aquellos países. Los habitantes, ya tranquilos, abandonaron la cumbre de la montaña, y construyeron nuevas casas á orillas del mar; estas modernas construcciones han sido fabricadas con los mármoles de todos los monumentos antiguos, y de que apenas quedan algunos fragmentos; y solo se hallan ya la plaza del estadio y del teatro. En vano se intentaría reconocer los vestigios de los cimientos, ó algunos lienzos de muralla que se descubren entre la fortaleza y el lugar que ocupa la ciudad actual.»

Los terremotos, los incendios y la peste han afligido á la Esmirna moderna, como los bárbaros destruyeron la Esmirna antigua. La peste dió lugar á un rasgo de abnegación que merece ser citado entre otros de igual género, de tantos otros misioneros; esta historia no parecerá sospechosa, pues la refiere un sacerdote anglicano. Fray Luis de Pavia, del orden de Recoletos, fundador y superior del hospital de San Antonio en Esmirna, fue acometido de la epidemia, é hizo voto de consagrar su vida, si Dios se la concedía, al servicio de los apestados. Librado milagrosamente de la muerte, el citado fraile cumplió su voto; los apestados que cuidó no tienen número, pues se ha calculado que salvó cerca de las dos terceras partes (1) de los desgraciados á quienes asistió.

Nada tenía que ver en Esmirna, á no ser ese *Meles* que nadie conoce, y cuyo nombre se disputan tres ó cuatro barrancos. Pero lo que me sorprendió mucho fue la estremada suavidad del aire. El cielo, menos puro que el del Ática, tenía ese matiz que los pintores llaman *tono caliente*; es decir, que estaba lleno de un vapor tenue, un tanto enrojecido por la luz. Cuando espiraba la brisa del mar, sentía una languidez semejante al desfallecimiento, y reconocía la muerte. Mi permanencia en Esmirna me obligó á una nueva metamorfosis, pues volví á los hábitos de la civilización, recibiendo y devolviendo visitas. Los comerciantes que me hicieron el honor de ir á visitarme eran ricos, y cuando fui á saludarles á mi vez, encontré en sus casas mujeres elegantes que parecían habían recibido aquella mañana sus modas de casa Leroi. Colocado entre las ruinas de Atenas y las de Jerusalén, aquel nuevo París á donde había llegado en una barca griega, y del que me disponía á salir con una caravana turca,

(1) Véase á Dailaway. El remedio heroico de que se servía fray Luis, era envolver al enfermo en una camisa empapada en aceite.

contrastaba notablemente con las escenas de mi viaje, pues era una especie de oasis civilizado, una Palmira en medio de los desiertos de la barbarie. Confieso, sin embargo, que siendo yo naturalmente algo salvaje, no había ido á buscar á Oriente lo que se llama la sociedad; así es que anhelaba vivamente ver camellos, y oír el grito de las aves del desierto.

El 5 por la mañana, hechos ya todos los preparativos, el guía partió con los caballos, y fue á esperarme á Menemen-Eskelessi, pequeño puerto de la Anatolia. Mi última visita en Esmirna fue á José. *Quantum mutatus ab illo!* ¿Era aquel mi ilustre dragoman? Halléle en una miserable tienda, trabajando en su vajilla de estaño, con el mismo traje de terciopelo azul que llevaba en las ruinas de Esparta y Atenas. ¿Mas de qué le servían aquellas muestras de su gloria? ¿De qué le servía haber visto las ciudades y los hombres, *mores hominum et urbes?* ¿Ni aun era dueño de su buril! En un rincón descubrí á su maestro, hombre de fosco semblante, que hablaba con dureza á mi antiguo compañero. ¡Y para esto se alegraba tanto José de su llegada! Solo dos cosas me han contrastado en mi viaje: no haber sido bastante rico para establecer ventajosamente á José en Esmirna, y para rescatar un cautivo en Túnez. Despedime de mi pobre camarada, cuyas lágrimas me eternecían. Escribe mi nombre en un pedazo de papel, en el que envolví una sincera muestra de mi gratitud; de este modo el dueño de la tienda nada advirtió.

Aquella noche, después de dar gracias al cónsul por todas sus deferencias hacia mí, me embarqué con Julian, el dragoman, los genizaros y el sobrino de Mr. Chauderloz que se sirvió acompañarme hasta la escala, á la que llegamos en poco tiempo. El guía estaba en la playa: abracé á mi joven huésped que regresaba á Esmirna, montamos á caballo y partimos.

Era media noche cuando llegamos al kan de Menemen, desde donde descubrí á lo lejos una multitud de luces deseminadas: era una caravana en descanso. Al acercarme distinguí los camellos, unos acostados, otros en pie; estos cargados, aquellos sin cargamento. Muchos caballos y asnos sin brida, comían cebada en unos receptáculos de cuero; algunos ginetes permanecían aun á caballo; y las mujeres, cubiertas con sus velos, no se habían apeado de sus robustos dromedarios. Sentados con las piernas cruzadas sobre vistosos tapices, los mercaderes turcos estaban agrupados en derredor de las hogueras que servían á los esclavos para preparar las viandas; otros viajeros fumaban en largas pipas á la puerta del kan, mascaban opio y escuchaban peregrinas historias. Tostábase café en anchas pailas; las vivanderas discurren de hoguera en hoguera, ofreciendo sabrosas tortas de trigo, diferentes frutas y volatería; algunos cantores alegraban á la multitud; los imanes hacían abluciones, se arrodillaban, se levantaban, é invocaban al Profeta, mientras los conductores de camellos dormían tendidos en tierra. Esta estaba erizada de bultos, de sacos de algodón y cargamentos de arroz. Todos estos objetos, ya clara y distintamente iluminados, ya confusamente envueltos en una sombra dudosa, según el color y la ondulacion de las llamas, presentaban una verdadera escena de las *Mil y una Noches*. Solo faltaban allí el califa Aroun-al-Raschid, el visir Giaffar, y Mesrour, jefe de los eunucos.

Recordé entonces por la vez primera que pisaba las llanuras de Asia, parte del mundo que no había visto aun la huella de mis pasos, ¡ah! ni esas amarguras que comparto con todos los hombres. Sentíme penetrado de respeto á esa antigua tierra, cuna del género humano; donde vivieron los patriarcas, donde descendieron Tiro y Babilonia, á donde el Eterno llamó á Ciro y Alejandro; donde Jesucristo realizó el misterio de nuestra salvación. Abriase á mis ojos un mundo nuevo: iba á encontrar naciones que me eran desco-

nocidas; costumbres diversas, usos diferentes, otros animales, otras plantas, un cielo nuevo, una nueva naturaleza. En breve había de pasar el Hermo y el Gránico; Sardes no estaba lejos; acercábame á Pergamo y á Troya: la Historia desarrollaba á mis ojos otra página de las revoluciones humanas.

Alejábame muy á mi pesar de la caravana. Después de dos horas de marcha, llegamos á la margen del Hermo, que atravesamos en una barca. Es todavía el *turbidus Hermus*, pero no sé si arrastra aun arenas de oro. Mirábase con placer, porque era el primer río digno de este nombre, que hallaba desde mi salida de Italia.

Al amanecer, entramos en una llanura rodeada de montañas de escasa altura. El país presentaba un aspecto enteramente diverso del de Grecia: los algodones verdes, el tallo amarillento de los trigos, y la variada corteza de las sandías, matizaban vistosamente el campo, que los camellos cruzaban confundidos con los búfalos. Dejábamos á la espalda á Magnesia y al monte Sifilo; no estábamos, pues, lejos de los campos de batalla donde Agesilao humilló el poder del gran rey, y donde Escipion alcanzó sobre Antioco la victoria que abrió á los romanos el camino de Asia.

A lo lejos descubrimos á nuestra izquierda las ruinas de Cimes y á Neon-Tichos á nuestra derecha; y estuve tentado á apearme y marchar á pié por respeto á Homero, que había pasado por aquellos mismos lugares.

«Algún tiempo después, el mal estado de sus negocios le obligó á marchar á Cimes. Habiéndose puesto en camino, atravesó la llanura del Hermo, y llegó á Neon-Tichos, colonia de Cimes, fundada ocho años después de esta. Asegúrase que hallándose en esta ciudad en casa de un armero, recitó estos versos, primeros frutos de su poderoso estro: «Oh vosotros, ciudadanos de la amable hija de Cimes, que habitais al pié del monte Sárdeno, cuya cumbre está cubierta de bosques que esparcen en torno suave frescura, y que bebeis las aguas del divino Hermo, que dió nacimiento á Júpiter, respetad la miseria de un extranjero que no tiene una casa donde pueda hallar un amigo albergue.»

«El Hermo corre cerca de Neon-Tichos, y el monte Sárdeno domina á entrambos. El armero se llamaba *Tiquio*; y estos versos le causaron tanto gozo, que resolvió hospedar al poeta en su casa. Lleno de compasión á un ciego reducido á la amarga necesidad de mendigar su sustento, le prometió partir con él cuanto poseía. Habiendo Melisigenes entrado en su taller, tomó un asiento, y mostró á algunos habitantes de Neon-Tichos un fragmento de sus poesías; la despedición de Amfiarao contra Tebas, y algunos himnos en honor de los dioses. Todos emitieron su parecer, y habiendo Melisigenes escedido su juicio, sus oyentes quedaron admirados.

«Mientras estuvo en Neon-Tichos, sus poesías le suministraron medios de subsistencia; en mi tiempo se mostraba aun el lugar donde acostumbraba sentarse cuando recitaba sus imperecederos versos. Este lugar, que escitaba aun una gran veneración, estaba sombreado por un álamo que había empezado á crecer en tiempo de su llegada (1).»

Puesto que Homero había tenido en Neon-Tichos á un armero por huésped, no me avergonzaba de haber tenido por intérprete en Esmirna á un estanero. ¡Ojalá que la semejanza fuera igualmente completa en todo, aunque debiese comprar el genio de Homero á costa de todos los infortunios que le abrumaron!

Después de algunas horas de marcha, atravesamos una de las crestas del monte Sárdeno, y llegamos á las orillas del Pítico, donde hicimos alto para franquear el paso á una caravana que vadeaba el río. Los camellos, atados unos á otros por las colas, se resis-

(1) *Vida de Homero*; traducción de Mr. Larcher.

tian á internarse en el agua; y alargando sus cuellos, eran conducidos por el asno que marchaba á la cabeza de la caravana. Los mercaderes y los caballos estaban detenidos en frente de nosotros, al otro lado del río, y á corta distancia se veía á una turca, que se ocultaba en su velo.

Pasamos á nuestra vez el Pítico, debajo de un mezquino puente de piedra; y á las once llegamos á un kan, donde dimos descanso á los caballos.

A las cinco de la tarde emprendimos de nuevo nuestro camino. Las tierras eran altas y estaban bastante bien cultivadas.

Veíamos el mar á nuestra izquierda. Entonces ví por primera vez las tiendas de los turcomanos, formadas de pieles de ovejas negras, lo que trajo á mi memoria los hebreos y los pastores árabes. Bajamos á la llanura de Mirina, que se dilata hasta el golfo de Eleo, y descubrimos un vetusto castillo, llamado *Guzel-Hissar*, que descollaba sobre una de las puntas de la montaña que acabábamos de pasar. Acampamos á las diez de la noche en medio de la llanura, y extendiendo un tapiz que había comprado en Esmirna, me acosté sobre él y me dormí. Al despertarme algunas horas después, ví brillar las estrellas sobre mi cabeza, y oí la voz del conductor de camellos de una caravana distante. El 5, antes del amanecer, montamos á caballo, recorrimos una llanura cultivada, y atravesando el Caico, á una legua de Pérgamo, entramos á las nueve de la mañana en esta ciudad, construida al pie de una montaña. Mientras el guía llevaba los caballos al kan, fui á visitar las ruinas de la ciudadela, donde hallé los restos de tres recintos de murallas, los de un teatro y los de un templo (acaso el de Minerva-Lleva-Victoria). Ví algunos trozos agradables de escultura, y entre otros un friso adornado de guirnaldas, sostenido por cabezas de bueyes y de águilas. Pérgamo estaba á mis piés en la dirección del Mediodía, y se asemeja á un campo de barracas encarnadas. Al Poniente se estiende una gran llanura que termina en el mar; al Oriente, otra, ceñida á lo lejos por estensas montañas; al Mediodía y al pie de la ciudad, veía en primer término unos cementerios plantados de cipreses; en segundo, una zona de tierra donde crecían la cebada y el algodón; mas allá, dos grandes *tumulus*; á mas distancia, un lindo plantado de árboles; y en lontananza, una erguida colina detenía la vista. Al Nordeste descubrí también algunas de las sinuosidades del Sélino y del Cetio, y al Oriente el anfiteatro en la hondonada de un valle. La ciudad me presentó al bajar de la ciudadela, los restos de un acueducto y las ruinas del *Liceo*. Los sabios del país dicen que la famosa biblioteca estaba encerrada en este monumento.

Pero si alguna descripción ha sido superflua alguna vez, es la que acabo de hacer, pues no há mas de cinco ó seis meses que Mr. de Choiseul ha publicado la continuación de su *Viaje*. Este segundo tomo, en el que se reconocen los progresos de un talento que el trabajo, el tiempo y la desgracia han perfeccionado, da los detalles mas exactos y curiosos acerca de los monumentos de Pérgamo y la historia de sus príncipes. Solo, pues, haré una reflexión. El nombre de los Attale, caro á las artes y á las letras, parece haber sido fatal á los reyes. Attale, tercero de este nombre, murió casi loco, y legó sus muebles á los romanos: *Populus romanus, bonorum meorum haeres esto*. Y esos republicanos que miraban, al parecer, á los pueblos como muebles, se apoderaron del reino de Attale. Hállase otro Attale, juguete de Alarico, y cuyo nombre ha llegado á ser proverbial para espresar un simulacro de rey. Cuando no se sabe llevar la púrpura, no se debe aceptarla; en tal caso es preferible el sayo de piel de cabra.

Salimos de Pérgamo á las siete de la noche, y encaminándonos al Norte, nos detuvimos á las once para

acostarnos en medio de una llanura. El 6 á las cuatro de la mañana, proseguimos nuestro camino por la llanura, que, exceptuando los árboles, se parece á la Lombardia. Mientras marchaba, me acometió tan irresistible acceso de sueño, que siéndome imposible vencerlo, caí por encima de la cabeza de mi caballo; golpe de cuyas resultas hubiera debido romperme el cuello; pero no sufrí sino una ligera contusion. A las siete nos hallamos en un terreno desigual, formado de montecillos. Bajamos luego á un país encantador, plantado de moreras, olivos, álamos y pinos de copa en figura de parasol (*pinus pinea*). En general, toda esta tierra de Asia me pareció muy superior á la de Grecia. Llegamos temprano á la Somma, mezquina ciudad turca, donde pasamos el día.

Habiame desorientado completamente respecto de nuestra marcha, pues no seguía ya las huellas de todos los viajeros, que dirigiéndose á Bursa ó regresando de esta ciudad, pasan mucho mas á Oriente por el camino de Constantinopla. Por otra parte, me parecía que para llegar á la vertiente opuesta del monte Ida, hubiéramos debido dirigirnos desde Pérgamo á Adramitti, desde donde, siguiendo la costa ó atravesando el Gárgaro, hubiésemos bajado á las llanuras de Troya. Pero en lugar de seguir este camino, habíamos marchado por una línea que pasaba precisamente entre el camino de los Dardanelos y el de Constantinopla. Empecé á sospechar que esto era una perfidia del guía, tanto mas cuanto que le había visto hablar muchas veces con el genízaro. Envié, pues, á Julian en busca del dragoman, á quien pregunté por qué casualidad nos hallábamos en Somma. El dragoman me pareció turbado, y me respondió que íbamos á Kircagach; que era imposible atravesar la montaña, pues seríamos infaliblemente degollados en ella, porque nuestra comitiva no era bastante numerosa para aventurarse á este viaje, y que era mucho mas acertado tomar el camino de Constantinopla.

Esta respuesta me encolerizó, pues ví claramente que el dragoman y el genízaro, ora por miedo, ora por otros motivos, habían entrado en un complot para desviarme de mi camino. Hice llamar al guía y le acriminé su mala fe, diciéndole que puesto que hallaba impracticable el camino de Troya, hubiera debido declararlo en Esmirna; que era un cobarde, á pesar de ser turco; que no abandonaría mis proyectos por su miedo ó por sus caprichos; y que, puesto que mi ajuste había sido hecho para pasar los Dardanelos, iría á los Dardanelos.

Al oír estas palabras, fielmente traducidas por el dragoman, el guía se enfureció, y empezó á gritar: ¡Alah! ¡Alah! mesábase la barba de ira, y declaró que en vano diría y haría yo, pues me llevaría á Kircagach; y que ya veríamos si un cristiano ó un turco tenía razon en presencia del agá. A no haberse interpuesto Julian, creo que hubiera dado muerte á aquel hombre.

Siendo Kircagach una rica y populosa ciudad, á tres leguas de la Somma, me prometía hallar en ella un agente francés que redujese aquel turco á la razon. El 7 á las cuatro de la mañana toda nuestra comitiva estaba á caballo, segun mi orden. Llegamos á Kircagach en menos de tres horas, y nos apeamos á la puerta de un hermoso kan. El dragoman se informó en el acto de si había en la ciudad cónsul francés, y se le indicó la casa de un cirujano italiano; híceme, pues, conducir á la casa de este pretendido vice-cónsul, y le expliqué mi negocio; al punto fue á comunicarlo al gobernador, quien me hizo comparecer ante él con el guía. Presenteme en el tribunal de su excelencia, precedido del dragoman y del genízaro. El agá estaba medio acostado en el ángulo de un sofá, en un salon bastante hermoso, cuyo pavimento estaba cubierto de tapices. El agá era un joven perteneciente á una familia de visires; sobre su cabeza había colgadas varias armas, y uno de sus oficiales estaba sentado á

su lado. Fumaba con desdeñoso ademán en una gran pipa persa, y prorumpía de tiempo en tiempo en estrepitosas carcajadas, al mirarnos. Esta singular recepción me disgustó mucho. El guía, el genízaro y el dragoman se descalzaron sus sandalias á la puerta, segun la costumbre recibida; fueron á besar la orla del traje del agá, y volvieron luego á sentarse á la puerta.

Las cosas no se presentaron tan tranquilas respecto de mí, pues como me hallaba completamente armado, calzaba botas y espuelas, y tenía además un látigo en la mano, los esclavos quisieron obligarme á que dejase botas, látigo y armas. Híciles decir por medio del dragoman, que un francés seguía en todas partes las costumbres de su país, y adelanté bruscamente en la sala. Al ver esto, un spahi asióme del brazo izquierdo y me empujó violentamente hácia atrás; pero le crucé la cara de un latigazo que le obligó á soltarme; entonces puso mano á las pistolas que llevaba en la cintura; mas yo, despreciando su amenaza, fui á sentarme al lado del agá, cuyo asombro escitaba la risa. Le hablé en francés, y me quejé de la insolencia de sus subordinados, diciéndole que solo por respeto á su persona no había quitado la vida al genízaro, pues debía saber que los franceses eran los primeros y mas fieles aliados del Gran-Señor; que la gloria de sus armas estaba bastante estendida en el Oriente, para que se aprendiese á respetar sus sombreros, como ellos respetaban los turbantes sin temerlos; que yo había bebido el café de los pachás, que me habían tratado como á su hijo; y por último, que no había ido á Kircagach para que un esclavo me enseñase á vivir y tuviese la audacia de tocar mi ropa.

El agá me escuchaba tan atónito como si me hubiese entendido; el dragoman le tradujo lo que acababa de decirle, y contestó que nunca había visto franceses; que me había tomado por un franco, y que iba á dispensarme cumplida justicia: esto dicho, me hizo servir el café.

Digno de observarse era el aire de estúpida sorpresa con que los esclavos me veían sentado en el diván, y con las botas cubiertas de polvo, al lado de su amo. Restablecida la tranquilidad, se explicó mi negocio; y el agá, después de haber oído á ambas partes, dictó un fallo que yo no esperaba en manera alguna: condenó al guía á que me devolviese una parte de mi dinero; pero declaró que hallándose cansados los caballos, cinco hombres solos no podían arriesgarse á pasar las montañas; y que por lo tanto debía, á su parecer, tomar tranquilamente el camino de Constantinopla.

Descubriase en esta sentencia cierto buen sentido turco bastante notable, sobre todo cuando se atienda á la juventud y escasa esperiencia del juez. Hice decir á este que su fallo, por otra parte muy justo, adolecía de error por dos razones: primero, porque cinco hombres bien armados se abrian paso en todas partes; segunda, porque el guía hubiera debido presentarme sus observaciones en Esmirna, y no aceptar un compromiso que no tenía el valor de cumplir. El agá convino en que esta segunda reflexión mia era razonable, pero que hallándose los caballos cansados é incapaces de hacer tan largo viaje, la fatalidad me obligaba á tomar otro camino.

Inútil hubiera sido resistir á la fatalidad: todo me era secretamente hostil; el juez, el dragoman y mi genízaro. El guía intentó presentar dificultades relativamente al dinero; pero se le intimó que le esperaban cien palos á la puerta, sino me restituía parte de la cantidad que había recibido; sacóla, pues, no sin gran dolor, de un bolsillo de cuero, y se acercó á mí para entregármela; yo la tomé, y luego se la devolví, echándole en cara su falta de buena fe y lealtad. La avaricia es el vicio culminante de los musulmanes; y la liberalidad, la virtud que tienen en mas estima. Mi acción les pareció sublime, y solo acertaban á esclamar:

¡Alah! ¡Alah! Salí de la audiencia del agá acompañado de todos los esclavos, sin exceptuar el spahi á quien había dado el latigazo, pues se prometían lo que llamaban el regalo. Di dos monedas de oro al musulman maltrado por mí; creo que por este precio no hubiera presentado las dificultades que Sancho presentaba para desencantar á la hermosa Dulcinea. Por lo que respecta á los demás, les hice declarar de mi parte que un francés no hacia ni recibía presentes.

Hé aquí lo que me costaban Ilión y la gloria de Homero. Consolémeme pensando en que habria de pasar necesariamente delante de Troya, al darme á la vela con los peregrinos, y en que acaso lograria persuadir al capitán á que me dejase en tierra. Pero en aquellos momentos solo pensé en apresurar mi marcha.

Fuí á visitar al cirujano, que no había vuelto á dejarse ver en todo el discurso de mi contienda con el guía, ya porque no tuviese título alguno para apoyarme, ya porque temiese al agá. Paseamos juntos la ciudad que es bastante espaciosa y poblada, y en ella ví lo que aun no había visto en otra parte: esto es, algunas jóvenes griegas sin velo, vivas, agraciadas, esbeltas, y al parecer, hijas de Jonia. Es extraño que Kircagach, tan conocido en todo el Levante por la superioridad de su algodón, no sea mencionada por ningún viajero, ni conste en ningún mapa. Es una de las ciudades que los turcos llaman *sagradas*; es aneja de la gran mezquita de Constantinopla, y los pachás no pueden entrar en ella. He hablado de la bondad de su miel al mencionar la del monte Himeto.

Dejamos á Kircagach á las tres de la tarde, y tomamos el camino de Constantinopla, dirigiéndonos hácia el Norte á través de un país plantado de algodoneros, y subiendo una montaña de poca elevación; bajamos luego á otra llanura, y fuimos á pernoctar á las cinco y media de la tarde al kan de Kelembé. Este es probablemente el mismo lugar que Espon llama *Basculembei*; Tournafort, *Baskelambai*; y Thevenot, *Dgelembé*. Esta geografía turca es muy oscura en los viajeros, pues habiendo seguido cada uno la ortografía que le dictaba su oído, cuesta aun un trabajo infinito establecer la concordancia entre los nombres antiguos y los modernos de la Anatolia. D' Anville no es mas exacto bajo este punto de vista; y por desgracia el mapa de la Propóntide, trazado por orden de Mr. de Choiseul, solo diseña las costas del mar de Mármara.

Fuí á pasearme por aquellas inmediaciones; el cielo estaba nebuloso y el aire era frio como en Francia. Era la primera vez que descubria aquella especie de cielo en el Oriente. Tal es el mágico poder de la patria, que experimentaba un placer secreto en contemplar aquel cielo ceniciento y melancólico, en lugar del cielo puro que por tanto tiempo había tenido sobre mi cabeza.

El 8 al rayar el día abandonamos nuestro albergue, y empezamos á trepar una comarca montuosa que estaria cubierta de un admirable bosque de encinas, pinos, terebintos y otros árboles, si los turcos dejasen crecer alguna cosa; pero queman las plantas tiernas y cortan los árboles corpulentos. Este pueblo destruye todo, es un verdadero azote. Las aldeas en estas montañas son miserables; pero los rebaños son bastante comunes y muy variados. En un mismo patio se ven los bueyes, los búfalos, los carneros, las cabras, los caballos, los asnos y los mulos confundidos con las gallinas, los pavos, los gansos y los patos. Algunas aves salvajes, como las cigüeñas y las alondras, viven familiarmente con estos animales domésticos; y en medio de estos huéspedes pacíficos reina el camello, el mas pacífico de todos.

Fuimos á comer á Geujouck; luego, prosiguiendo nuestro camino, bebimos el café en lo alto de la montaña de Zebec, y dormimos en Chia-Ouse. Tournafort y Espon nombran en este camino un lugar llamado *Courougongli*.

El 9 atravesamos unas montañas mas altas que las